

# La sátira, denominador común del teatro benaventino

POR  
ANTONIO LOPEZ HERRERA

## LA COMEDIA SATIRICA

La parte central del teatro benaventino y la de rama más extensa dentro de su producción dramática, se halla constituida por ingeniosas “comedias de salón”. Son obras —como afirma Valbuena Prat— “entretenidas en el goce de la inteligencia, en la sátira que roza y no hiere, o lástima sólo a flor de piel, en la propia sátira social” (1).

Este fenómeno apuntado por Valbuena se observa claramente en *Los malhechores del bien*, que aún hoy produce un efecto excelente dentro de un plano retrospectivo, y en *Pepa Doncel*, caso similar al anterior y escrita en 1928. En estas obras, la ironía sobre la vida de la sociedad burguesa provinciana, que incluso tiene como marco en muchos casos la inventada ciudad de Moraleda, es de aspecto más bondadoso y optimista que la sátira de las comedias y las novelas de Galdós. Ello no obsta para que la sátira sea certera y aguda, especialmente en la segunda obra citada. Aquí, la crítica social se hace pétreo y se unifica con cierta falsedad de sentimientos, de actitudes mundanas sobre los fundamentos humanos, que llevan a un desenlace donde la voz honda del instinto o del amor se supedita al tópico o la conveniencia. Otras veces, el aspecto es distinto totalmente —si bien ambas no dejarían de tener un denominador común irónico y mordaz— intensificando la sátira de las miserias sociales, que

---

(1) VALBUENA PRAT, ANGEL, *Historia del Teatro Español*. Ed. Noguer, Barcelona, 1956. p. 577.

se lanzan sobre un hundimiento económico, en *La comida de las fieras*, por ejemplo.

En general, en todo el teatro de Benavente —y dentro de los sencillos medios que emplea—, se percibe a un poderoso arquitecto de la escena. Cierto es que le ayudaron muchísimo los magníficos actores de que dispuso, pero no lo es menos que fue su pluma la que dio pie a esos merecidos lucimientos escénicos. Por ello, si algún personaje es un tanto borroso, se perfilará perfectamente en la sabia actitud del intérprete y en el marco técnico hábilmente trazado. Esto hace que muchas comedias que han interesado en las tablas, apenas resistan la lectura. Al revés que en Galdós, Benavente, suele ser más teatro que drama, mientras que el autor de *El abuelo* fue más drama que teatro.

Con este Benavente, siempre fiel a sí mismo, el teatro español adquirió un tipo de fina comedia, acomodada a la época, muy parecida a la moratiniana, pero con muchos más giros y modalidades. En sus obras percibimos un aire mundano que sabe entretener y lograr admiradores dentro de una sociedad que el autor ve desde una muy superior altura. Desde allí, se permite mimarla y ridiculizarla, inquietarla un poco y calmarla a continuación, “en una sátira agridulce —sigue afirmando Valbuena— que, a veces parece exclusivamente francesa, pero que no deja de tener su profunda vena española y concretamente madrileña” (2).

Para poder aclarar mejor la exposición de esta idea, me apoyaré en las mismas obras del autor del que tratamos. Su pluma sabrá, en enérgicas y rápidas pinceladas, mostrarnos la enorme riqueza de matices que poseen sus “comedias satíricas”:

MANUEL.—...Nuestro padre tuvo celos de su amigo, su hermano casi... como tú los tuviste de mí... Dudó de nuestra madre, santa, bendita... como dudaste tú de María... ¿Por qué? Porque su egoísmo, como el tuyo, era inmenso...; porque vuestro amor no es amor, es apetito; impulso devorador, absorbente, que no tolera voluntad ni vida propias en el ser apetecido, que ahoga y tritura el impulso ajeno... Es tan grande vuestro egoísmo, que no cabéis en vosotros. Sois como esos tiranos conquistadores, ansiosos de poderío, a quienes no les basta con sus dominios y rompen fronteras para avasallar al mundo entero, si pudieran... ¡Eso es amar para vosotros! Ensanchar vuestros dominios... Así amó nuestro padre, así amas tú... (3).

Si así nos muestra Benavente que es el amor del hombre de negocios —José Luis—, que antepone éstos al logro de la felicidad en el hogar, las

(2) VALBUENA PRAT, ANGEL, *op. cit.*, p. 579.

(3) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *El nido ajeno. Obras completas*. Ed. Aguilar, Madrid, 1956, tomo I, act. III, esc. V, p. 57.

palabras serán distintas, la escena diferente y el motivo otro, cuando habla del mundo y de la vida de la aristocracia, en *Gente conocida*:

MARIA ANTONIA.—¡Ah! ¿Preiiminares de boda? Quieres casar a Enrique... ¿Con Fernanda Fondelvalle? ¿No es eso? No creí que fuera tan formal el noviazgo.

DUQUESA.—¡Tan formal! ¡Como se pensó siempre! Han sido relaciones de toda la vida...

MARIA ANTONIA.—Sí, desde que nacieron los muchachos. Son novios por parte de madre.

DUQUESA.—¿Dirás que es un matrimonio de conveniencia?

MARIA ANTONIA.—No creo que haya ningún matrimonio conveniente (4).

No obstante lo expuesto, acabará, en esta obra, inclinándose la balanza del lado de la fortaleza femenina. Si alguna idea moral hubiera en el fondo de la obra, es ésta: La aristocracia de la habilidad, del talento, de la política, digámoslo así, se burla de la aristocracia de raza y de la del dinero, las explota a su antojo. Pero con la aristocracia individual, con la mujer sola, pero fuerte, con la única conciencia despierta entre tantas conciencias dormidas, nada puede.

Caso muy distinto lo constituirán aquellas escenas en que el autor nos muestra la tan clásica contraposición literaria "aldea-ciudad". La terminología llana, las frases sencillas, las expresiones instintivas, estarán en boca de los ricos que visitan Madrid:

MARQUESA.—Siéntense ustedes. ¿Vienen ustedes de algún teatro?

DON DEMETRIO.—No. ¡Los teatros concluyen tan tarde! Hemos estado haciendo tiempo en el hotel... Aburridos... Esta se dormía...

OLALLA.—¡Demetrio!...

DON DEMETRIO.—La feita de costumbre. Como ahora venimos del campo y allí se acuesta uno con las gallinas... Nos gusta trajinar desde muy temprano. En Moraleda es otra cosa. Allí nos recogemos algo más tarde, pero nunca esta perdición de Madrid... La otra noche fuimos a un teatro de esos por horas, nos dio la mala idea de sacar billetes para toda la noche y, por aprovechar, nos quedamos hasta la última... Y crea usted que hicimos el buey; porque nos caíamos de sueño y estuvimos dando cabezadas (5).

(4) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Gente conocida*. Ed. cit., tomo I, act. I, esc. I, p. 69.

(5) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Al natural*. Ed. cit., tomo II, act. I, esc. X, p. 203.

Pinceladas de impresionismo clasista son las que emplea otras veces Benavente, para mostrar ante el auditorio cómo “la buena sociedad” ironiza sobre la veterana actriz. Aquí la sátira va destinada a resaltar la costumbre de los artistas de buscar nombres —distintos del propio— más sonoros, rimbombantes y publicitarios:

CAROLINA.—La Zerep, que no se llama así; se llama Pérez. Se ha vueito el apellido del revés, como un par de medias... ¡No sé por qué no tiene el valor de su Pérez!

SOLITA.—A mí me suena mejor...

VICTOR.—Por lo menos, es más conocido; pero ella cree que para el teatro debe llamarse de otra manera...

CAROLINA.—Lo que importa es ser de otra manera de como ella es... (6).

¿Y qué es la murmuración para Benavente?... También encontramos en nuestro dramaturgo al hombre que critica para enseñar, al jurista moralizador, a la persona sencilla, humilde en su interior:

VICTOR.—No se disculpe usted, don Manolito. La murmuración es de utilidad pública; yo la tengo por el mejor desinfectante social.

DON LEONARDO.—Es el Código Chico, el mejor suplemento del Código Penal. Por la murmuración se sancionan todas las menudencias que no están incluidas en el Código y algunas enormidades que, aunque están incluidas, han logrado escaparse de él por su misma enormidad justamente.

DON MANOLITO.—Y más que nada, la murmuración nos trae a la humildad, que es lo más conveniente para andar por el mundo; porque todos somos muy dados a creernos perfectos porque no tenemos las imperfecciones de los demás. La oración del fariseo: «Te doy gracias, Señor, de no ser como aquel publicano (7).

No obstante su enorme variedad —algo, quizás, habrá podido percibirse a través de estas citas—, desde *El nido ajeno* a *Lo increíble*, desde su primera obra a la última, la línea es la misma; los aciertos, parejos; desigualdades hay, pero queda un amplio y extenso teatro donde el ingenio lo salva casi todo.

(6) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, ...*Y amargaba*. Ed. cit., tomo VIII, act. I, esc. V, p. 173.

(7) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Lo increíble*. Ed. cit., tomo VIII, act. I, esc. IV, p. 22-23.

## ARISTOCRACIA Y BURGUESIA

Aunque es muy difícil conseguir una agrupación temática de la obra de Benavente —piénsese que, desde 1894, en que estrenó su primera comedia *El nido ajeno*, ha ido lanzando sin interrupción hasta el día de su muerte tres o cuatro obras por año, y por ello es extensísima su producción (186 obras teatrales mayores, 8 obritas pertenecientes al Teatro Fantástico, artículos acotaciones, prosas varias, versos,...)— la sátira social más o menos declarada puede considerarse como la nota más destacable y común de esta ingente labor creadora. Junto a ella —afirma Díez-Echarri— “las relaciones de los dos sexos en la vida matrimonial, con sus conflictos y sus choques, las aspiraciones de la clase media, la disipada vida de la aristocracia, todo ello en un tono de suave ironía que no pocas veces se quiebra en duras aristas, y en medio de una gran fluctuación ideológica, que hace casi imposible saber a qué carta quedarse cuando se trata de determinar los principios estéticos del autor” (8).

Entre las comedias que podíamos encuadrar dentro del grupo de sátira social, que increpa a la dualidad “aristocracia-burguesía”, sobresalen obras como *Gente conocida*, excelente cuadro flagelante, estrenado en octubre de 1896. La obra nos presenta a un Benavente burgués o anti-burgués, al Benavente autor de un teatro que, paradójicamente, aplaudía la burguesía, siendo ella misma el blanco de sus afilados dardos. En la obra recrudece la sátira hasta extremos increíbles —ya se había iniciado en el primero de sus estrenos *El nido ajeno*— y muestra una valentía desconocida hasta entonces.

Quiérase o no, fue Benavente el gran revulsivo de la sociedad de su tiempo. Y el público, enamorado de cuanto decía y de la forma de decirlo y plantearlo, “aunque en algunos momentos se inquietase” —como afirma Julio Mathías— (9), no dejaba de sonreír comprensivamente ante las bur-las benaventinas.

Ya en *El nido ajeno*, que pasó sin pena ni gloria ante un público más sorprendido que admirado, señaló y condenó los vicios de una sociedad apegada a excesivas tradiciones:

MARIA.—¡Ya lo ves! ¿Quién podía ser más dichoso que nosotros?

MANUEL.—¡Ay, hija! Pues si los ricos no rabiaran ni se murieran, la revolución social sería ya un hecho. Conviene hacer creer que

(8) DIEZ-ECHARRI, *Historia General de la Literatura Española e Hispano-americana*. Ed. Aguilar, Madrid, 1966, p. 1.465.

(9) MATHIAS, JULIO, *Benavente*, Grandes Escritores Contemporáneos, EPESA, Madrid, 1969, p. 50.

somos unos infelices, que el dinero no da la felicidad..., y mira, de eso estoy convencido hace mucho tiempo. Voy a vestirme... vuelvo por vosotros, y si él no quiere venir, maldita la falta que nos hace... Iremos solos (10).

Con *Gente conocida*, escrita según él con anterioridad a su primer estreno, se reafirma en la idea de hacer un teatro agresivo contra la sociedad que le rodea. Y aunque el joven autor —nos hallamos, repito, en 1896—, lleva en el fondo una vida de buen burgués, en contraste con sus compañeros de letras, ataca con enorme dureza la vida de los buenos burgueses y su inmovilismo. “Pero la agresividad benaventina se acomoda siempre a las buenas palabras, a los principios de la buena educación” (11). Sus ironías no hacen demasiado daño, no arrancan tiras de piel, sino que rozan con suavidad la epidermis temiendo herir profundamente:

DUQUESA.—Yo te digo que Ramona y Ricardo no pueden ver con tranquilidad el que Petra venga a nuestra casa en las actuales circunstancias; y algo me han indicado ya, que debe bastarme para entenderlo así y proceder como procedo.

DUQUE.—;Bah!, ¡bah! Ramona y Ricardo saben lo que es vivir en sociedad, y si les chocase una cosa tan natural, no me casaría con su hija. Te suplico que invites a Petra; está muy quejosa contigo..., sabes que es una buena amiga de casa... Daremos que hablar si no viene como de costumbre. Convéncete, mamá; la murmuración es como el agua: mientras va encauzada, no hace daño; lo peligroso es que la corriente se desvíe. Si Petra sigue asistiendo a casa como de costumbre, la murmuración seguirá su curso; si notan su ausencia, se desbordará; tenlo por seguro (12).

En esta escena se habla de la murmuración y se da una solución “muy burguesa” para mantenerla dentro de unos límites y siempre perfectamente controlada. En otras ocasiones se nos presentará al personaje, de vida irreflexiva y comodona, que reacciona sin mutación aparente ante el hecho calumnioso:

MARIA ANTONIA.—Mira. El registro de la calumnia conmigo suena a hueco. A mamá puede que todavía le haga efecto. No malgastes la oratoria... Y, sobre todo, sal del apuro como puedas y no me molestes. Yo no me he casado para estar siempre dis-

(10) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *El nido ajeno*. Ed. cit., act. II, esc. V, p. 39-40.

(11) MATHIAS, JULIO, op. cit., p. 51.

(12) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Gente conocida*. Ed. cit., act. I, esc. IV, p. 77.

gustada. Esas lamentaciones continuas, eso de estarte oyendo siempre que no podemos vivir, que se gasta mucho, que nos arruinamos, me descompone, me altera los nervios. He vivido siempre sin pensar cómo vivía, que es el único modo de vivir (13).

Parece cierto que ese “es el único modo de vivir”. Parece que la realidad existencial se encuentra plasmada a la perfección en las palabras de los personajes benaventinos. Nos recuerdan, muchas de sus páginas, la habilidad en el manejo de la cámara de los directores de cine italianos de los últimos decenios. Nos imaginamos —permítasenos la comparación— a don Jacinto, sentado en una silleta de lona y, mientras se atusa su puntiaguda barba, con los ojos clavados en la realidad que le circunda, dar órdenes al cámara para que *tome* tal o cual secuencia y *encuadre*, tal o cual primer plano.

También Benavente, de modo similar a los anteriores, realiza unos *encuadres* de la sociedad, que sólo son notas y comentarios de la realidad. Cada situación, cada escena, no es otra cosa más que una breve pincelada de realismo. Ejemplos podríamos encontrar muchos. Bástenos como muestra —y junto a los ya expuestos anteriormente— estos dos de *Gente conocida*:

CARLOS.—Este mundo es sólo para los pillos que saben aprovecharse de él o para los seres como tú, que logran sobreponerse a las miserias humanas. Los demás no podemos vivir. Y a tí, con toda tu virtud, quisiera yo verte en ocasiones. ¿Qué harías si no pudieras cobrar un céntimo a tus renteros. ¿Embargarlos? ¿Echarlos de tus fincas? (14).

donde se habla del mundo, y

DUQUE.—Sí, sí; muy bonito todo así dicho..., pero yo no me caso sin dinero. No estoy dispuesto a soportar en el matrimonio la vida humillante del aristócrata tronado. Ya la soporto soltero a duras penas (15).

en que se nos muestra el matrimonio de interés.

Presenta, pues, don Jacinto, en su vida y en su obra, una independencia muy singular. Nadie ha fustigado a la aristocracia española con sátira tan efectiva como Benavente. Es una virtud de valor doble, ya que

(13) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Gente conocida*, Ed. cit., act. II, esc. IV, p. 100.

(14) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Gente conocida*. Ed. cit., act. I, esc. III, p. 74.

(15) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Gente conocida*. Ed. cit., act. I, esc. VIII, p. 56.

nació en un medio casi aristocrático y frecuentó el trato con la aristocracia. Y decimos sátira efectiva —deteniéndonos en encomiar sus cualidades de sutilidad, elegancia e ingenio— porque Benavente ha escrito casi todas sus obras para ser estrenadas en teatros preferidos por las clases privilegiadas.

“Escribir para el pueblo obras revolucionarias —escribe Angel Lázaro—, es, desde luego, menos arriesgado que escribirlas para un público burgués y aristocrático” (16). No, no es Benavente de los hombres que se dejan ganar por el aplauso de la aristocracia, aunque a veces pueda parecerlo. En él se ha dado, como es habitual en España, el caso del escritor que, halagado por el público, por la gloria y por el bienestar, mantiene su independencia social y espiritual. De esta forma es como logró escribir y llevar una vida plena de despreocupación por el parecer ajeno, que ha sido una de las características más acentuadas de su personalidad literaria y humana.

Esta misma independencia social permitirá a nuestro dramaturgo crear toda una riquísima gama de irónica sátira. Son muchas las obras que pueden encuadrarse en el grupo “de aristocracia”: En unas ya hemos visto los matices que adopta; en otras, el tinte será de afrancesamiento dieciochesco; así en la de título tan sugestivo como *Lo cursi*:

ROSARIO.—¿Cuántos perros tenéis ahora?

LOLA.—De estos, cinco, y «Moltke», el gran «danois», que el otro día nos dio un disgusto horrible, nos mató un gato hermosísimo... Pero éste es el mío, mi cariño... ¿Verdad, «Baby»? ¿Quién te quiere a tí? ¡Es más listo! Le han traído un equipo de París; su manta de paseo, su manta de casa, su manta de «soirée» (17).

Mas no ha de pensarse que Benavente sólo muestra el lado negativo de las cosas. No, no es en modo alguno un autor negativo, sino todo lo contrario. Por ello no es difícil hallar los propios pensamientos del autor diseminados a lo largo de su extensa producción. A través de ellos veremos a un Benavente positivo, que expone sus propias ideas sobre los temas que aborda y de los que, ya hemos indicado, satiriza sin descanso.

Si critica a un estamento de la sociedad, sabrá tener una opinión propia sobre el mismo. Si fustiga los vicios de la aristocracia, sabrá decir cómo ha de ser ésta verdadera y de qué virtudes ha de estar adornada. Si, finalmente, nos presenta unas escenas mordaces, sabrá hacerlo con tal me-

(16) LAZARO, ANGEL, *Vida y obra de Benavente*. Ed. Afrodísio Aguado, Madrid, 1964, p. 56.

(17) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Lo cursi*. Ed. cit. tomo I, act. I, esc. VIII, p. 612.

sura y discreción, que pueda desprenderse de la misma ironía todo lo que sería bueno y ejemplar en tales momentos.

Así es la sátira benaventina y la obra de un autor. Y ésta es su opinión de la aristocracia:

DON OLEGARIO.—Ya conoces mi lema: ¡Educación y educación!... Es la única aristocracia que nos queda. Para mí, nunca han existido más que dos clases sociales: los bien educados, de una parte, y los más educados, de otra (18).

En *...Y amargaba* ya apunta que la verdadera aristocracia es la de la educación, pero aún va más adelante en la bellísima comedia simbólica *Aves y pájaros*. Aquí, recordando a Aristófanes, expondrá el propio autor, que la aristocracia verdadera es la de la inteligencia:

ESPECTADOR.—En ese caso, ¿usted sólo cree posible un Gobierno aristocrático? Aristocracia de la inteligencia, bien entendido.

AUTOR.—Un Gobierno conforme con la verdad, con las leyes inmutables de la Naturaleza. La aristocracia no es una invención social impuesta por la fuerza o traída por la conveniencia; es una ley biológica en la que debieran creer antes que nadie los que se jactan de materialistas; pero prefieren negar toda aristocracia por no admitir lo que a ellos les molesta, porque es la única a la que no pueden engañar, la aristocracia de la inteligencia, que es la más alta y la más legítima. ¡Desgraciados los pueblos que no saben respetarla! (19).

Este modo de presentar los hechos, esta manera de hacer teatro —si bien chocó en un principio con el gusto reinante— fue imponiéndose poco a poco, llegando a conquistar a espectadores y actores. Ya se dio este efecto la noche del 7 de noviembre de 1898, en que se estrenó en el Teatro de la Comedia de Madrid una de sus mejores piezas, *La comida de las fieras*. “Decir que los artistas —señala Sánchez Estevan— confiaban en el éxito de la nueva comedia no sería exacto; los procedimientos escénicos de Benavente chocaban demasiado con sus inveterados hábitos; pero habían perdido el miedo con que hicieron *Gente conocida* y sin confiar demasiado en el resultado final, sólo pensaban, al contrario que entonces, en acentuar y dar relieve a las ingeniosidades y atrevimientos de sus papeles, con miras al personal lucimiento” (20). Si esto sucedía entre los ac-

(18) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *...Y amargaba*. Ed. cit., act. I, esc. VI, p. 176.

(19) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Aves y pájaros*. Ed. cit., tomo VIII, parte I, cuadro I, p. 86.

(20) SANCHEZ ESTEVAN, ISMAEL, *Jacinto Benavente y su teatro*. Ed. Ariel, Barcelona, 1956, p. 56.

tores, ¡qué no sería entre el público que asistía a la representación! Los espectadores llenaron el teatro dispuestos a saborear la dulce murmuración y a presenciar algo así como la continuación de la primera sátira.

No se equivocaron... en parte. Posee *La comida de las fieras* tres actos y un cuadro final. Toda la obra constituye una enorme diatriba contra esa sociedad que se acerca a las mansiones fastuosas y que, a la caída de su mecenas, abren sus fauces hambrientas de carnada, sin recordar la sombra del árbol bajo el que reposaron. Comienza la obra con la venta judicial de los muebles de un gran palacio —cuyos propietarios se han arruinado a consecuencia de una vida suntuosa— a la que acuden, aprovechando la ocasión de comprar gangas, los amigos de la casa, aquellos que disfrutaron de banquetes y fiestas y recibieron toda clase de favores de los antiguos dueños. Ahora critican su prodigalidad, hablan mal de ellos o los compadecen hipócritamente. ¡Las fieras devorando al domador que no puede ofrecerles más carne!...

OLEGARIO.—¡Ya lo creo! ¡Esta casa de Cerinola poseía tesoros!  
¡Es una pena, una verdadera pena!

MARQUESA.—¡Y una vergüenza! ¡Los herederos no han debido consentirlo!

OLEGARIO.—Ni nosotros, por decoro de clase; pero, ¡ya no somos nada, no valemos nada! ¡Este baratillo de grandezas me desconsueia! ¡Tantos recuerdos gloriosos!... ¡No hay razón que me convenza de que todo esto puede venderse, ir a parar a manos de cualquiera! ¡Estas reliquias debían ir vinculadas a los títulos, como el apellido, como algo que es la sangre y el alma misma de la nobleza!

Y poco más adelante aclara más sus pensamientos el mismo personaje:

OLEGARIO.—Sí, entre todos la arruinaron; pero ¡es una pena, una verdadera pena! En otros tiempos, una grandeza como ésta podía caer un día por capricho o por venganza de un soberano; era un derrumbamiento grandioso, no este hundirse mezquino a fuerza de goteras y desconchaduras... ¡Si ha de ser uno presa al fin y al cabo, mejor es serlo del león que del lobo! ¡Mejor el hacha del verdugo que la pluma del escribano! (21).

Entre las personas que visitan el palacio, escenario de la subasta, figura un matrimonio joven, recién llegado de América —los de Alsina—, cuya riqueza y esplendor hacen de ellos, por el momento, los predilectos

(21) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *La comida de las fieras*. Ed. cit., tomo I, act. I, esc. II, p. 316.

de la buena sociedad madrileña, y que acabarán siendo protagonistas de otra catástrofe idéntica. El acto segundo nos presenta una magnífica fiesta en la casa de los de Alsina. Aquí la sátira tiene un marcado matiz social, al no permitir que nadie sobresalga de la medianía clasista:

DON FERMIN.—Usted lo toma a broma, como todo; yo, no, porque Alsina es muy simpático y muy caballero, y Victoria es encantadora.

MARQUES.—¡Oh, sí! ¡Una mujer encantadora!

TOMILLARES.—Veo que la ruina no es tan inminente.

DON FERMIN.—¿Por qué?

TOMILLARES.—Porque todavía hablamos bien de esos señores.

DON FERMIN.—Y hablaremos siempre. Si se arruinan no es cuenta nuestra.

TOMILLARES.—Pero será culpa suya, y la pagarán cara. ¡He visto tantos casos! La sociedad humana es democrática por naturaleza, tiende a la igualdad de continuo, y sólo a duras penas tolera que nadie sobresalga de la común medianía; para conseguirlo es preciso una fuerza: poder, talento, hermosura, riqueza; alrededor de ella, atemorizados más que respetuosos, se revuelven los hombres como fieras mal domadas; pero, al fin, el domador cuida de alimentarlas bien, y el poder ofrece destinos, la riqueza convites, el talento sus obras, y las fieras parecen amansadas; hasta que un día falta la fuerza, decae el talento, envejece la hermosura, se derrumba el poder, desaparece el dinero... y aquel día, ¡oh!, ya se sabe, la comida más sabrosa de las fieras es el domador (22).

El tercer acto es paralelo al primero. Nos presenta la ruina del patrimonio, con todas sus consecuencias. Hasta se les supone aventureros porque la esposa —Victoria—, viuda de un Presidente de cierta República Americana, conserva unas cartas de su primer marido, de índole política, que un chantagista explota, atribuyéndolas una importancia que carecen en realidad.

Los tres actos de esta obra son de factura y estructura análogas a las de otras obras satíricas de Benavente —recuérdese *Gente conocida*—: sueltos, animados, mordaces, rebosantes de ingenio... Sin embargo, la tonalidad va variando en un *crescendo* y modificará al tema. La frivolidad será el *leit-motiv* del primer acto. A ésta, sucederá en el segundo la emo-

---

(22) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *La comida de las fieras*. Ed. cit., act. II, esc. I, p. 333-34.

ción, al señalar en plena fiesta las graves dificultades en que las arriesgadas operaciones bursátiles ponen a Hipólito Alsina, o nos llenará de interés con un rasgo generoso de Victoria, que salva de la miseria y el deshonor a una familia. El tono acre, descorazonador, *andante, piu mosso*, del tercer acto acentúa la nota amarga con la ingratitud y la traición de la familia salvada y la repugnante codicia de los criados.

En esta obra se advierte ya un fondo dramático. Pero se halla diluido aún en la exuberancia pintoresca de la forma. Sólo será el cuadro final el que, apartándose resueltamente de las ingeniosidades satíricas, remata la ejecución con la sobria nota de delicadeza y poesía de un oboe. Los arruinados esposos, conservan su amor, que ha de bastarles para vivir más felizmente en la tranquilidad de su modestia económica, que entre los esplendores de la existencia agitada del gran mundo:

HIPOLITO.—Llueve mucho... y no es tempestad. Está muy cerrado.

VICTORIA.—Ya no podemos comer al aire libre en los Campos Elíseos, como habíamos proyectado. ¡Qué lástima! Me quito el sombrero..., hay para rato; y, si no cesa, comeremos aquí. ¡Qué fastidio de lluvia! Me divierte tanto comer en los Campos Elíseos, los dos solitos, como una parejita de enamorados entre provincianos y extranjeros, que al vernos, y al ver otras parejitas por el estilo, es decir, por el estilo, no, pensarán asustados... ¡Qué París éste!, y oír la musiquilla de los cafés-conciertos..., y respirar el ambiente de «boudoir» perfumado que satura el ambiente de París en estas noches de verano. Es delicioso París en verano. Nunca habíamos estado aquí más que en invierno. En verano no era «chic». ¡Tantas cosas no eran «chic»! (23).

Este cuadro sobrio, bellísimo, desconcertó un tanto a los espectadores y a la crítica. La sátira dejaba paso a la poesía, al sentimiento. La ironía y mordacidad de los precedentes —como de tantas y tantas de sus obras— cesaba para mostrarnos un alma llena de candor. Podía resumirse la obra como una sátira con final poético. Y, ¿es que en Benavente había más que amenidad e ingenio?

Sí, más había. Ahí estaba el germen de una gran parte de su futura producción. “Ningún dramaturgo —afirma Sánchez Estevan— ha acertado a exaltar con su más sentida emoción, con más convincentes acentos, la supremacía del amor, en sus múltiples y varias manifestaciones sobre la grandeza y miserias de la vida. Amor que no es sólo atracción sexual, que es abnegación y es ternura y es comprensión y es sacrificio, y bajo todos

(23) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *La comida de las fieras*. Ed. cit., cuadro final, esc. única, p. 361.

sus aspectos ha sido analizado por Benavente en su protéico repertorio" (24).

### CONTRAPOSICION ALDEA-CIUDAD

Benavente, antítesis de Echegaray, es autor de rica variedad. Sus diálogos unas veces son suaves y madrigalescos, otras mordaces e irónicos, pero siempre están llenos de matices y observaciones psicológicas. En sus comedias, la acción dinámica y la trama es lo de menos. Cada escena y aún cada frase tienen un valor, un interés, una emoción tan suyos, que conservan su valor independientemente del resto. Son éstos, rasgos que denotan una existencia plena de vida y sentimiento. Vida y sentimiento que no son más que el fruto de una reflexión constante.

¡Cuántas obras benaventinas habrán surgido tras una noche de vigilia, en que el autor *sueña* escena tras escena y acto tras acto!... En este soñar irán apareciendo y tomando forma todos los temas que preocupan a nuestro dramaturgo. No es raro, por ello, encontrar gran número de constantes literarias, que se repiten de modo incesante en las miles de páginas de su producción. Una de estas constantes podía ser algo típico de nuestras letras hispanas: la dualidad de preferencia, en los autores, por las vidas campesina o ciudadana. ¿Cuál es la que más apasiona a Benavente? ¿Cuál es la que hace inclinarse la balanza de uno u otro lado? Podría afirmar que una determinada, pero está tan matizado el tema en su producción que prefiero ir exponiendo opiniones paso a paso, antes que hacer afirmaciones categóricas, que con nuestro autor son siempre excesivamente arriesgadas en el plano científico.

Tiene, Benavente, una obra —*Al natural*— que para mí puede ser considerada como una autobiografía, dentro de esta dualidad aldea-ciudad, por ir en ella depurando ideológicamente todo lo que practicaba en vida.

Siempre se ha hablado de don Jacinto como del escritor ciudadano por antonomasia. Y lo es. Pero ello no obsta para que el Madrid de sus teatros y tertulias, de sus periódicos y cafés, le agobie un tanto y obligue a buscar un refugio. ¿Dónde lo encontrará y hará ser parte activa de muchas de sus obras? En un lugarejo de la provincia de Toledo, Aldeacabero. "Tiene allí el dramaturgo —anota Angel Lázaro— una casa cuyo aspecto ciudadano contrasta con las pobres viviendas que la rodean, casuchas de adobe, tan peculiares de Castilla, del mismo color de las bardas

---

(24) SANCHEZ ESTEVAN, ISMAEL, op. cit., p. 58.

donde Don Quijote vio morir tantas veces el sol de los crepúsculos, y que vista desde lejos, desde la ventanilla de un tren que cruza la llanura, se confunden con el pardo terrón castellano” (25).

Ahí es donde se esconde Benavente, cuando le pesa Madrid. Ahí surgirán muchas de sus obras, sobre todo los dramas rurales, que hablarán del campo y la ciudad, de la vida de uno y otra, de la felicidad y el amor, de la agricultura y los negocios, del incesante fluir del tiempo ciudadano y de la paz y quietud campesina.

Por supuesto, no voy a detenerme en las obras que podían encuadrarse dentro de los dramas rurales —mi trabajo sólo pretende señalar rasgos, matices y denominadores comunes en el teatro eminentemente satírico—, pero sí daré la vuelta al reloj de arena, para que comience de nuevo el fluir de los segundos, al analizar obra tan ágilmente satírica como la indicada más arriba, *Al natural*:

Los dos planos que pretendo señalar se hallan perfectamente delimitados por los personajes que aparecen en la obra. De un lado, la Marquesa de Palmar, el Marqués de San Severino, Anita y Joaquín; del lado pueblerino, Doña Olalla, Don Demetrio y Pilar. Se opina sobre la vida de la ciudad en términos tales como:

OLALLA.—¿Y esta señorita es la que está delicada, según he oído.  
 ¡No será cosa de cuidado! Y aunque lo fuera, verá usted cómo aquí se repone. Con aquella vida de Madrid no es posible tener salud. Yo, si viviera allí mucho tiempo, enfermaba de algo; estoy segura. ¡Aquel aire que se respira, si puede llamarse aire!  
 ¡Aquellas casas tan ahogadas, que no pueden llamarse casas!  
 ¡Los alimentos adulterados, que nunca sabe usted lo que come!  
 ¡Y aquel ajeteo de día, y aquel trasnochar de noche! Y vístase usted para todo, y esté usted siempre con el corsé apretado...  
 Yo no sé cómo no se mueren ustedes todos en Madrid. Pero aquella vida no es para llegar a viejo (26).

donde las preferencias se inclinarán claramente del lado más sano, más “natural”. Poco más adelante se completará esta idea con las explicaciones que da Don Demetrio al Marqués, sobre el cultivo de los campos:

DON DEMETRIO.—Sí, señor. Y procuro aplicar aquí todo lo que se inventa: lo más nuevo y lo más caro. No me duelen prendas. A mí no me ha dado por figurar en política, no me ha dado por lujos y grandezas, vivo tranquilo, vivo feliz; procuro que vivan lo mismo cuantos me rodean; predico con el ejemplo. Y como en mí no ven interés particular, ni ambiciones, todos me respe-

(25) LAZARO, ANGEL, *op. cit.*, p. 47.

(26) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Al natural*. Ed. cit., act. II, esc. III, p. 226.

tan y todos me quieren. ¡Créalo usted! Si en vez de tantos como son a pretender hacer en un día la felicidad del país entero, cada uno tomará a su cargo la parte que le corresponde, otra cosa sería. Yo, aquí nací, de esto entiendo, esto me corresponde, y ¡ojalá pudieran dar razón los que gobiernan mucha tierra de haber cumplido con su deber, como yo puedo darla de haber cumplido con el mío en este pedazo! (27).

Mas no sólo presenta Benavente en esta obra el lado de la ficticia Moraleda. Aunque Benavente se refugia en Aldeaencabo, sigue siendo un hombre de Madrid. Y la ciudad aparecerá en la obra..., pero un leve matiz irónico flotará en las palabras y hará, como Fray Antonio de Guevara, menospreciar la vida de la gran urbe:

DON PACO.—Muy pocas cosas. Y el campo permítame el amigo Bermejo, no me dice nada. La contemplación de la Naturaleza me deja frío. En cambio, todo lo que sea arte, ¡oh el arte! Donde estén los «Murmillos de la selva», de Wagner, que se quiten todas las selvas y todos los murmullos. Donde esté un cuadro de un gran artista...

EUFEMIA.—Sí. Usted, entre lo vivo y lo pintado, prefiere siempre lo pintado (28).

Siempre la sátira, siempre la mordacidad, siempre el humor *a lo inglés*, se halla presente en la obra benaventina. Y es que, el vividor de tantas noches en los cafés madrileños, prefería la vida apacible y sosegada, la consideraba más plena de existencia natural, estaba convencido que la amistad y demás virtudes humanas florecen más rápidamente bajo los cálidos soles de los estíos campesinos:

JOAQUIN.—Pero usted perdone que le hable a usted de cosas que no le importan. Es que... ¡Debe de ser el traje, me parece estoy en confianza!

PILAR.—Es el campo. Aquí parece que se conoce a la gente más pronto. Se respira la confianza. Estoy segura de que en un día entero en Madrid no hubiéramos hablado tanto (29).

Y por ello, porque estaba convencido de que “en un día entero en Madrid” no hubieran intimado tanto, no hubieran dado paso al florecer de una amistad, prefiere don Jacinto la vida del campo, la vida “al natural”, la vida de su Aldeaencabo.

(27) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Al natural*, Ed. cit., act. II, esc. V, p. 230.

(28) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Al natural*. Ed. cit., act II, esc. V, p. 232.

(29) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Al natural*. Ed. cit., act. II, esc. XI, p. 242.

## AMOR Y MURMURACION

Otro de los temas benaventinos que van apareciendo esporádicamente en sus obras, matizándolas con la riqueza tonal a que nos tiene habituados el dramaturgo, y consiguiendo del espectador la sonrisa comprensiva y malintencionada, se percibe en el modo de presentar las relaciones entre hombre y mujer. Relaciones que irán creciendo o decreciendo en intensidad, según la faceta bajo la que nos es presentada: matrimonio, noviazgo —con su cortejo de madres casamenteras—, relaciones extramatrimoniales...

Junto a éste, y vinculado estrechamente a él, aparece la envidia insinuante, las palabras dejadas caer "con ingenuidad", pero que intentan arrancar tiras de piel en la honra de las personas. Cita Angel Lázaro, el gran biógrafo benaventino, un pensamiento de nuestro pensador y literato Unamuno que creo viene muy oportunamente, para resumir lo que retrata don Jacinto en sus obras: "Tengo que escribir un drama en que el protagonista sea Yago, el envidioso del bien ajeno. En nuestra patria, por desgracia, ese drama sigue siendo de actualidad" (30).

Tenía razón el filósofo. En España priva la envidia, la envidia inconsciente que, por lo mismo, jamás llegará a constituir una emulación. Y cuando la envidia reconoce su impotencia se disfraza de odio y desdén. Esto es lo que critica ácremente nuestro dramaturgo. Esto es lo que irá ironizando en sus comedias. Esto es lo que aparece en una, y otra, y otra de sus obras.

Quizás de ambas notas —amor y murmuración— la que con mayor desenfado aparece en la obra de Benavente, la que posee un matiz más irónico, la que mueve a reír sin estridencias, sea la primera, la picardía con que nos presenta tantos y tantos arreglos matrimoniales:

MARQUESA.—Es un buen muchacho. Por eso le engaña cualquiera. Necesita un ángel protector. Y la viuda y Anita, cada una por su estilo, las dos son de cuidado. Estoy segura de que harán cuanto puedan para estorbar mis planes. En fin, lo principal es que la primera impresión sea agradable. Y yo creo que lo será. La muchacha es angelical, el padre es un santo varón y la tía otra santa. Un poco habladora, pero yo estaré al quíte; no la dejaré meter baza. Estoy emocionada como debe estarlo un general antes de una batalla. ¡Y eso que en esta clase de batallas me río yo de Napoleón! Llevo arregladas lo menos, una, dos,..., cuatro, ¿qué más? Mi primo Carlos con mi cuñada Emilia..., las dos doncellas, la una con el cochero y otra con el ordenanza de

(30) LAZARO, ANGEL, *op. cit.*, p. 141.

mi cuñado el general..., las dos chicas de Cabanillas con los dos pasantes de Espinosa; total: doce. ¡Jesús! ¡Esta hace la trece! Yo no creo en estas cosas; pero de tanto oírlas entra una en aprensión. ¡Ya estoy preocupada! No; yo caso antes a cualquiera, para que sea la catorce. ¿A quién caso yo, si no me queda nadie. ¡A ver!... (31).

Y el desenfado llega a tal extremo en este personaje que toca el timbre, y, al aparecer la doncella:

MARQUESA.—...Oiga usted, Petra, una curiosidad... ¿Tiene usted novio? (32).

La risa brota de los labios del auditorio, sólo al escuchar la malintencionada pregunta. Y es que —en esto hay que reconocer los grandes valores que posee el maestro— Benavente consigue muchos efectos cómicos por el hábil manejo de las palabras, por sus diálogos chispeantes. Ejemplos similares al anterior podríamos hallar muchos, mas no es mi deseo hastiar al lector con un trabajo excesivamente monótono. En gracia a la agilidad, permítaseme señalar tan sólo alguna otra cita, y, dejar las demás para el lector del teatro de nuestro segundo Premio Nobel, donde sonreirá con la prolijidad de pinceladas amorosas.

Colorido análogo posee el tema del amor en la obra *Lo cursi*. Aquí no hablará ya la propia casamentera, sino que surgirá la opinión popular sobre la celestinesca Doña Flora. Se la comparará con los productos más en boga a escala publicitaria:

MARQUES.—¡Qué buena señora! ¿Sigue siempre con sus famosas reuniones?

AGUSTIN.—Impertérrita. Es la vestal del fuego sagrado de lo cursi.

CARLOS.—Con su afán de hacer bodas y de proteger noviazgos. Yo tuve que huir de su casa.

AGUSTIN.—Si hay oposición por parte de los padres, ella los convence; si los muchachos no están en condiciones de casarse, ella les busca destinos, los recomienda para oposiciones. No vive para otra cosa.

CARLOS.—Casa más que la Vicaría y el Tribunal Supremo juntos.

FELIX.—Las madres de familia debían elevarle una estatua. Debía anunciarse como la Emulsión Scott. Lo saben las madres: acudiendo a ella, ninguna niña deja de casarse, pues las salva, aun pasadas de los treinta años (33).

(31) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Al natural*. Ed. cit., act. I, esc. VI, p. 195-96.

(32) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Al natural*. Ed. cit., act. I, esc. VII, p. 196.

(33) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Lo cursi*. Ed. cit., act. I, esc. V, p. 606.

Pero el humor que derrocha Benavente, no siempre tiene la misma altura tonal. Juega en el pentagrama con todas las notas y en todas las claves. Inicia así unas *variaciones temáticas*, que son diversas y una en su concepción. El amor es uno, pero sus orquestaciones múltiples. Por ello también hallamos amor menos desenfadado, menos idílico, más real:

MONTES.—...Como que los tiempos no están para casarse con nadie por su cara bonita. Los matrimonios desinteresados son buenos para los hombres de cierta edad, como yo; pero los jóvenes tenéis el deber de pensar en el porvenir (34).

Y esta otra cita, donde ya apunta la insinuante murmuración en boca de una doncella:

PATRO.—Ya; porque dicen que no pueden explicarse de cómo una señorita joven y guapa y con mucho dinero, que nadie puede creerse que le haya llevado interés, ninguno, se haya casado como se ha casado: con un señor que casi le dobla la edad; que, bien mirado, hasta podría ser su padre. Y de ahí que la gente se dé a pensar que ello, por fuerza, tiene que tener su misterio (35).

La murmuración irá tomando cuerpo en el contexto de gran número de obras. En algunas, como la tan tremendamente satírica de *La noche del sábado*, llegará a poseer un fin moralizador. Es esta novela escénica una de las piezas claves en la dramaturgia de nuestro autor. En las cuartillas de ella ha volcado algo de lo mejor que guardaba en sus tesoros de ingenio, de sentimiento y de experiencia. Merced a esta conjunción feliz ha conseguido Benavente una obra genial, donde mezcla sátira con idilio, ironía con vida, en una armónica simbiosis de realismo. Las dos facetas —sátira e ironía— van tan estrechamente aparejadas a la obra benaventina, que no puede comprenderse ésta sin el concurso compendiado de aquélla. Y en este olimpo de sátira clasista e ironía aguda surgirá con pujanza la murmuración docente en boca de la Condesa Rinaldi:

RINALDI.—Por eso debe uno decir todo lo que sepa de todo el mundo. No por mala intención, al contrario: para cultivar la humildad y la tolerancia; para que se vea que todos somos del mismo frágil barro. Después de todo, la virtud sólo está compuesta de los vicios que no se tienen. Si fuera virtud no comer manzanas, y yo hubiera sido Eva, no se pierde el mundo; porque yo no puedo ver una manzana, pero no se me ocurre murmurar de los que las comen; sus motivos tendrán (36).

(34) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Gente conocida*. Ed. cit., act. II, esc. III. p. 97.

(35) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Lo increíble*. Ed. cit., act. I, esc. I, p. 12.

(36) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *La noche del sábado*. Ed. cit., tomo I, cuadro I, esc. I, p. 1.123.

Pone aquí Benavente, en boca de la Condesa, una concepción negativa de la virtud, cuando ello es algo tremendamente positivo. ¿Acaso es ésta su idea de la virtud? ¿Acaso piensa Benavente como los presocráticos que la felicidad estriba en la ausencia del dolor?... En otras escenas y otras obras insiste en el mismo tema, y queda el pensamiento más claro:

ROSINA.—Ya estoy castigada, ya lo veis; ya sois vosotras las que podéis decírmelo todo; ya me lo decís a todas horas. Sería más generoso no humillarme tanto, pero tenéis razón, la virtud tiene sus privilegios (37).

Son los privilegios de poder murmurar de quien ya no posee esa virtud. Pero Rosina, sin poseer esa virtud, está plena de algo que sublima esa deficiencia, amor:

ROSINA.—¡Dios guarde esa virtud vuestra de que estáis tan orgullosas! Yo no sabía cómo puede quererse con toda el alma, sin creer con toda el alma, también, en quien se quiere. Yo no he sabido querer y desconfiar al mismo tiempo (38).

Y por la fe y el amor se purifica la murmuración. Tal vez por ello, nuestro dramaturgo, fue un exquisito cantor del amor, en todas sus facetas en todos sus matices y tonalidades, en toda la policroma variedad que sólo una pluma como la suya supo amalgamar, orquestar y ejecutar.

#### “LOS INTERESES CREADOS”

Una nueva ruptura llega a finales de 1907. Nuestro dramaturgo experimenta un cambio de dirección en la esencia de su obra. Ahora se aproxima a la *Commedia dell'Arte* con una obra inmortal, que le sitúa en primera fila dentro de la dramaturgia mundial: *Los intereses creados*. Nos presenta en esta comedia personajes y ambientes que no pertenecen a la sociedad de su tiempo; sin embargo, de forma más o menos simbólica, exquisita y disimulada, juega y se burla de cuanto le rodea. El amor, los intereses, la justicia, están en punta de la sátira. “Enlaza —afirma Valbuena Prat— la comedia mundana coetánea, con su evasión poética y neoprimitiva, y hasta en algún momento asoma el verso. Es la comedia del discreto agudo, de la sagaz ironía que punza sin herir demasiado” (39).

(37) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *La losa de los sueños*. Ed. cit., tomo III, act. II, esc. III, p. 704.

(38) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *La losa de los sueños*. Ed. cit., act. II, esc. III, p. 704.

(39) VALBUENA PRAT, ANGEL, *op. cit.*, p. 579.

Intenta el autor dar un aire entre lírico y fantástico a lo que de espiritual hay en sus personajes. Mas su Crispín, en el fondo, es un gran materialista, tanto o más que los seres reales con los que convivimos... Posee la obra un bello lenguaje, grandeza de ideas y expresiones, que son propias del “tinglado de la antigua farsa” (40). Pero, todo ello, podemos adaptarlo, según nuestras conveniencias, al mundo que rodea al dramaturgo e incluso al que nos rodea en la actualidad. El materialista y pícaro Crispín tiene amplia traducción actual; el tímido Leandro, Silvia, Doña Sirena, el Doctor, Arlequín, ¿no son personajes de la actual farsa? ¿No son personajes de ayer, de hoy y de siempre?

Leandro y Crispín corresponden al galán y al *gracioso* del teatro español del XVII. Funde, pues, Benavente, en esta obra, la arlequinada con la farsa renacentista. Valbuena, el gran maestro del teatro, opina que “de un modo más estilizado y esencialmente poético, se debate el tema del amor y el interés, de los temas de Tamayo y Ayala, que recordaría el dramaturgo en sus años de iniciación teatral” (41). Pero no es *Los intereses creados* una comedia de tesis, ni siquiera una sátira concreta. Tampoco podemos colocarla en un género filosófico-moral, planteando toda una concepción del mundo. No obstante, todos estos elementos, y muchos más, se hallan aleteando en la obra, en torno a un fino diálogo y una muy aguda intención. Es, pues, en definitiva, visión amplia del mundo, crítica social, picaresca y romanticismo, amores, invenciones y supuestos interesados. Parece como si “las figuras de la arlequinada volaran sobre los problemas y a la vez sintiésemos el frescor del ala, y el rictus de la sonrisa” (42).

Hoy nos aparecería nuestro autor teatral demostrando que es legítimo su puesto dentro de la dramaturgia universal —en la que Unamuno lo situaba a la altura, por lo menos de Hauptmann o de un Sudermann—. Hoy se nos presentaría, con su viejo “tinglado de la farsa”, evidenciando ante quienes no han tenido ocasión de conocer a sus personajes que, en sus aportaciones al teatro español, acertó a captar su esencia —en alarde de conocimientos psicológicos— mostrando esta penetración y este saber con maravillas escénicas, con aciertos de expresión que mantienen la altura del concepto, aun cuando los personajes no acrediten merecimientos para ceñirse ropaje distinto del que les compete en la realidad.

Y Benavente, que “tuvo como su juguete favorito el teatro casero, en una época en que los nobles no desdeñaban levantar escenarios en sus palacios, y en los hogares de la clase media eran repetidas escenas de *El*

(40) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Los intereses creados*. Ed. cit., tomo III, act. I, prólogo, p. 159.

(41) VALBUENA PRAT, ANGEL, *op. cit.*, p. 580.

(42) VALBUENA PRAT, ANGEL, *op. cit.*, p. 580.

tanto por ciento y de *Consuelo*, de Ayala; de *Virginia*, de Tamayo; *En el seno de la muerte*, *La esposa del vengador*, o cualquiera otra de las magistrales obras de Echegaray, cuyo teatro negaron en continuidad los superhombres, creando escuela de negadores sin enterarse" (43), pensaba que hay otro modo de luchar, partiendo de que en esta vida hay que luchar siempre. Contra el egoísmo, teniéndolo por guía la propia conciencia: *La comida de las fieras*. O luchar como quien navega por sobre el mar de los egoísmos: *La losa de los sueños*. Si ahora esta lucha va a ser tema de una historia teatral, su protagonista no puede ser otro que un antiguo forzado a galeras, cuyo nombre es Crispín. Y su biografía podría llevar como título *Los intereses creados*...

...Comienza la farsa:

Crispín y Leandro llegan a la ciudad. Importa su origen. Crispín lo tiene; Leandro, no; sin embargo, algo nos dice de sí mismo que, si no su origen, sí nos aclara limpiamente su condición espiritual, su estado de ánimo:

LEANDRO.—...Y bien quisiera detenerme aquí algún tiempo, que ya me cansa tanto correr tierras.

CRISPIN.—A mí no, que es condición de los naturales, como yo, del libre reino de Picardía no hacer asiento en parte alguna, si no es forzado y en galeras, que es duro asiento (44).

Dos vidas paralelas y ¡tan distantes!... Crispín de origen concreto. Leandro, no, pero está cansado de recorrer tierras sin tino. ¿Por qué van juntos estos personajes? ¿Por qué caminan pausadamente al unísono? Porque son dos almas que se complementan, porque tanto es uno como otro, porque son dos expresiones distintas de una misma vida:

CRISPIN.—...A mi amo le hallaréis el más cortés y atento caballero. Mi desvergüenza le permite a él mostrarse vergonzoso. Duras necesidades de la vida pueden obligar al más noble caballero a empleos de rufián, como a la más noble dama a bajos oficios, y esta mezcla de ruindad y nobleza en un mismo sujeto desluce con el mundo. Habilidad es mostrar separado en dos sujetos lo que suele andar junto en uno solo. Mi señor y yo, con ser uno mismo, somos cada uno parte del otro (45).

Brota aquí el deseo de hallar la idea temática en esta combinación perfecta de rufián y caballero; todo dentro de la línea más humana y más

(43) AGUIRRE PRADO, LUIS, *Jacinto Benavente en Temas Españoles*, núm. 474, Publicaciones Españolas, Madrid, 1966, p. 8.

(44) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Los intereses creados*. Ed. cit., act. I, cuadro I, esc. I, p. 161.

(45) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Los intereses creados*. Ed. cit., act. I,

afín con la experiencia. Hemos visto llegar unidos a Crispín y Leandro; unidos les sabemos por la esencia de sus almas farandulescas; conocemos, reconocemos la voluntad creadora que, por separado, los lanzó a caminar los breves senderos de sus vidas. Ahora interesaría penetrar en la índole de esa unión; conocer la razón de su desunión aparente. Y sólo aparente, porque unidas quedarán cuando mueran en la escena.

Quizás lo más interesante sea esta desunión: "Mi desvergüenza le permite a él mostrarse vergonzoso". Es el mismo Benavente quien nos los presenta así, siendo uno la sombra del otro, siendo Leandro "el de los altivos pensamientos" (46), y Crispín "el de los ruines empleos" (47). Pero ambos son uno hasta más allá de la muerte en *La ciudad alegre y confiada*:

CRISPIN.—El que fue mi señor ha muerto. ¿No lo sabíais? Con él murió Crispín; sólo queda el Magnífico, una sombra vestida de un ropaje señorial (48).

Los dos mueren en el mismo instante, y sus almas vuelan juntas para ser iluminadas por el eterno fuego de las estrellas.

Muchísimo más podría decirse del perfecto equilibrio que existe, entre el diálogo preciso y los personajes perfilados, en la obra cumbre del teatro benaventino. Pero será oportuno destacar que éstos— los personajes— oscilan entre la humanidad y la muñequería, hecho adrede por el autor.

El verdadero protagonista de la obra es Crispín, el pícaro, el *gracioso* del teatro español. Centra, él sólo, toda la sátira social de un mundo comido de mentiras. "En cierto modo —afirma Valbuena— realiza su gran engaño, pero a la vez sirve, como el criado de Lope, Calderón o Tirso, para su profunda tercería de amor" (49). Por ello, la figura idealista, Leandro, es sólo una sombra iluminada, un pretexto, ni siquiera un símbolo. Vendría a ser, Leandro, una negación teñida de poesía, puesta al servicio de su criado. Y los dos personajes —figuras de un guiñol— conversan en un diálogo hábilmente trazado por Benavente; y sus frases finas y agudas, la gracia irónica, las punzadas de crítica social, quedan en un fondo musical movido por trémula sonrisa.

cuadro II, esc. II, p. 178.

(46) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Los intereses creados*. Ed. cit., act. I, cuadro II, esc. II, p. 178.

(47) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Los intereses creados*. Ed. cit., act. I, cuadro II, esc. II, p. 178.

(48) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *La ciudad alegre y confiada*. Ed. cit., tomo III, cuadro III, esc. VII, p. 1.205.

(49) VALBUENA PRAT, ANGEL, op. cit., p. 579.

El nacimiento de esta obra cumbre está preludiado de una terrible crisis —económica y espiritual— que lleva al artista a una aparente inactividad. “Es —señala Angel Lázaro— como la pausa solemne y significativa del poema sinfónico. El silencio está preñado de promesas. El poeta se ha refugiado en su rústico retiro para sosegar el espíritu. Este paréntesis que abre el creador en su vida está lleno de trascendencia. Su dolor de hombre se bifurca y exalta para convertirse en dolor de ciudadano ante el espectáculo de su patria” (50). Y es entonces cuando surgen Crispín y Leandro, las inmortales criaturas de *Los intereses creados*. Junto a ellos, Arlequín, el poeta que vende su pluma al farsante que aspira a encumbrarse en política; el Capitán, espada sobornada por el mendrugo, que les ampara contra las iras del pueblo; Polichinela, que concede a las armas, a las letras y a la política una parte de su mal habida fortuna; el Doctor, la ley, inflexible con el humilde, cobarde y cambiante con el poderoso, que favorece al fuerte y castiga al indefenso en nombre de la justicia. Sólo se salva una cosa en *Los intereses creados*, el amor. Es algo que ya ha salvado don Jacinto en otras ocasiones. Aquí es Silvia, el candor, la pureza, la noble e ingenua pasión que redime a Leandro, como a don Juan, de sus miserias morales, y ennoblece el cinismo del pícaro Crispín.

Ya ha dado, con esta obra, Benavente, la medida de lo que ha de ser su teatro, de sus calidades, de su estética. Ya ha demostrado que no son meros juegos de ingenio los que lleva a la escena, sino aspectos de la vida realzados de realidad. Lo que presenta en sus obras puede ser contemplado por cualquier observado sagaz en el devenir cotidiano. Pero complacía poco que presentase el espejo con tanta limpieza, para que delatase la falsedad. Sin embargo, él no cedió; el teatro tiene un fin corrector y la enmienda no puede ser conseguida si no se presenta con todo su contenido desviador de la conducta, si la condición negativa se desfigura. Por ello nuestro autor es mordaz, es satírico y es realista, porque él “no hacía comedias para el público, sino público para sus comedias”.

En la concepción de la obra predomina el talento e ingenio sobre los personajes. “Sátira del positivismo en alarde de concepción teatral es esta “farsa guiñolesca, de asunto disparatado, sin realidad alguna” cuyos muñecos o fantoches de cartón y trapo, “con groseros hilos”, visibles a poca luz y al más corto de vista, demuestran que “cuanto en ella sucede no puede suceder nunca” (51). Es el positivismo de una sociedad en emancipación, cuyo procedimiento antisocial alcanzaría permanencia.

*Los intereses creados* suscitó un elogio unánime y fue comparada en

---

(50) LAZARO, ANGEL, *op. cit.*, p. 63.

(51) AGUIRRE PRADO, LUIS, *op. cit.*, p. 24.

relación a su contenido, con obras de Boccaccio, Shakespeare, Mateo Alemán, Cervantes y Quevedo. Ello por la bella correspondencia de los personajes y los elevados pensamientos que de algunos se desprenden. Ya era reconocida la realidad de las farsas benaventinas, ya se asentía al predominio de lo positivo y personal en una sociedad, de cuya composición extraía sus personajes para presentarlos sin falseamiento. Realismo en esta obra, y lección de valor permanente en *Los intereses creados*, en cuya farsa los integrados en la demostración daban materia para la afirmación de Silvia, cuando ya los intereses buscados estaban en seguridad:

SILVIA.—Y en ella vísteis, como en las farsas de la vida, que a estos muñecos, como a los humanos, muévenlos cordelillos groseros, que son los intereses, las pasioncillas, los engaños y todas las miserias de su condición (52).

\* \* \*

Resumiendo, se nos presenta Benavente como el fino e intenso dramaturgo de toda una sociedad, que abarca desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio de éste, y que aún pervive en la mentalidad de nuestra clase media.

Sus armas son la ironía y la mordacidad; la inquietud, extrañamente apaciguadora, y la evasión lírica. Todo ello bañado en un agudo diálogo conversacional, quizás lo más alabado por su público. “Sus obras maestras —señala Valbuena— brotan de estos supuestos, llevados a la más alta cima, o de perfecta comedia arlequinesca de corte de sátira, o de tragedia pesimista y decadente, o de una aplicación al ambiente rural, ya en retorcido misterio abismal, ya en plácida cimentación humana” (53).

Benavente ha cruzado un camino. En su obra nos ha enseñado una lección discreta: los sentimientos que brotan de nuestras almas son retoños efímeros de una vida, porque todo en la vida es efímero. Tampoco sabrá decir el dramaturgo el por qué de sus aciertos y la razón de sus errores. En estas páginas hay una imagen de su obra. Esta se halla al alcance de todos.

(52) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Los intereses creados*. Ed. cit., acto II, cuadro III, p. 216.

(53) VALBUENA PRAT, ANGEL, *op. cit.*, p. 588.

Si Benavente ha ocupado un puesto en la primera línea de la literatura española, ha sido por un hecho tan natural que no se separa en él: todos los hombres siguen su camino con el deseo de que alguien les diga la verdad de su vida. Benavente lo ha dicho: “La gente quiere verse en el teatro”, y añadió —tristemente—: “no como es, sino como cree ser” (54).

---

(54) BENAVENTE MARTINEZ, JACINTO, *Artículos*. Ed. cit., tomo XI.